



Lith. Arcey, r. 3^o Bonnet, 67

EL MONTE CARMELO.

CAPÍTULO XI.

El monte Carmelo. — Sus recuerdos venerables. — Palestina contemplada desde la cumbre de la montaña. — La Santa Biblia vindicada. — Excursion por la Galilea. — Torrente Cison. — Elías acusado como revolucionario. — Su respuesta señaló quiénes deben ser denominados así. — Nazareth. — Casa de la Encarnación. — Taller de S. José. — Monte del Precipicio. — Mesa de Cristo. — Estacion cotidiana. — Fuente de María. — Imposturas refutadas. — Séforis. — Caná de Galilea. — Reconocimiento de los niños árabes. — ¿ Lo aprendieron acaso de los Europeos ?

El Carmelo fué tenido siempre como una montaña santa, y venerada del mismo modo que el Sinai y el Horeb. Se levanta, cual elevado promontorio, entre Tiro y Cesarea, se extiende como cinco leguas hácia el Oriente, se eleva en su parte mas alta dos mil piés, y se abate variando de formas y aun de nombre durante la larga continuacion de su carrera. En la division hecha de la tierra prometida cayó en suerte á la tribu de Azér, que se acampó al Septentrion, á Zabulón, que plantó sus tiendas al Oriente, y á Issacár, que tomó posesion del Mediodía. El mar baña su base occidental, que en forma de punta elevadisima se introduce hasta muy adentro de las ondas, para anunciar al peregrino que viene desde América ó Australia, que ha arribado á la tierra de sus deseos, y terminado su penoso viaje. Chateaubriand pinta con viveza la impresion que causa la primera vista de este monte, donde tantos acontecimientos bíblicos y tantas tradiciones venerables descansan agrupados en rededor de sus colinas y á la sombra de sus terebintos y palmeras. « Me despertó, dice, una confusa gritería, y abriendo los ojos ví á los pe-

regrinos mirando con ansia á la proa del navío. Todos se apresuraban á señalarme el Carmelo, que no tardé yo tambien en divisarlo, como una figura redonda debajo de los rayos del sol; y entónces me arrodillé segun el uso de los Latinos. No sentí en mí aquella especie de inquietud que tuve cuando descubrí las costas de la Grecia; pero al ver el país originario de los Israelitas y la patria de los Cristianos, me sentí penetrado de temor y de respeto. Iba á desembarcar en la tierra de los milagros, donde tuvo su origen la poesía mas sublime, y donde aun hablando humanamente, se realizó el suceso mas admirable de cuantos mudaron la faz del universo, cual fué la venida del Mesías; iba á tocar aquellas costas que recorrieron, como yo, Godofre de Bullon, Raimundo de S. Giles, Tancredo el Bravo, Roberto el Fuerte, Ricardo Corazon de Leon, y aquel S. Luis cuyas virtudes fueron admiradas por los mismos infieles. Siendo yo un peregrino desconocido ¿cómo me atreveré á pisar aquella misma tierra, ennoblecida por tan ilustres peregrinos (1)? »

El Carmelo fué la habitacion favorita de los profetas; y los mas grandes sucesos de Elías, el patriarca de todos, allí se encuentran consignados: aquel dejó á Eliseo con su manto la gruta del Carmelo, y despues de este sus discípulos la conservaron hasta la predicacion del Evangelio. Los monjes sucedieron á los profetas, y las grutas habitadas por justos que esperaban á Cristo, lo fueron desde luego por los que profesaron vivir segun la doctrina de este. La santa montaña vió elevarse monasterios sobre sus colinas, y la gruta de Elías fué convertida en templo por los fervorosos cenobitas. Las incursiones del Occidente en el Oriente que desgraciadamente sucumbieron bajo la espada musulman, trasformaron la silenciosa montaña en fortificaciones militares, y el estampido del cañon retumbó en las grutas de los solitarios, que no escuchaban hasta entónces mas que los gemidos de la peniten-

(1) *Itinéraire de Paris à Jérusalem.*

cia. Los monjes abrieron sus puertas á los Franceses heridos bajo los muros de S. Juan de Acre; y cuando Napoleon se retiró de enfrente de la plaza, aquellos fueron perseguidos y su monasterio abrasado por las llamas. Un religioso salió de Roma (1) para reparar sus ruinas; y el pachá Abdalah, para desvanecer hasta la sombra de esperanza que pudiera abrigar de realizar su empresa, hizo minar los muros y saltar las piedras de los cimientos. Mas no renunció por eso aquel á su designio: fué á Constantinopla, y mediante las recomendaciones de la Francia obtuvo un firman que permitia la reconstruccion del arrasado monasterio, que no tardó en aparecer levantado por las generosas oblaciones de todo el catolicismo. Este edificio, que puede llamarse magnífico en toda la extension de la palabra, tiene en su centro una bella iglesia consagrada al culto de la Madre de Dios: bajo del altar mayor se ve la gruta del profeta Elías, desde donde asegura la tradicion haber contemplado este la pequeña nube que subió del mar, y bañó luego toda la tierra con la abundancia de sus aguas, simbolo verdadero de la Virgen María, á quien se dedicó tambien esta cueva convertida en oratorio. Quince cenobitas de la reforma de S^{ta} Teresa moran en el convento, en cuyos alrededores no se encuentra habitante alguno, siendo así la representacion mas perfecta que puede darse de la vida solitaria de los antiguos monjes. ¿Qué sentimientos tan profundos despertaba en mi alma el sonido imponente de la campana de média noche, resonando en medio del silencio eternal de aquel desierto! ¿Pero cuánto mas profundos todavía los que le inspiraban el grave y sublime canto de los sacerdotes que, de entre todas las privaciones de que se compone su vida austera, alzan su voz convidando al universo á *regocijarse en el Señor* (2)! Estas impresiones

(1) El hermano Juan Bautista, carmelitano descalzo, que reedificó el monasterio.

(2) *Venite, exultemus Domino!!!*

son desconocidas para los que desconociendo también el espíritu de los institutos monásticos, preguntan con extrañeza : « ¿ Qué hacen esos monjes en su desierto ? » Lamartine dedica unas pocas páginas de su viaje á estos fervorosos religiosos. « He visto, dice, á uno de los Padres del Carmelo que ha pasado cuarenta años en una casita dando hospitalidad á los pobres : dos veces cada día subía y bajaba la montaña para ir á orar con sus hermanos. La dulce expresión de serenidad de alma y alegría de corazón que brillaba en sus maneras me asombró. » Este mismo contento que admiraba Lamartine en uno de los religiosos, yo lo encontré en todos ellos sin que me asombrase, porque *el regocijo* es resultado de la virtud del corazón.

No muy distante de la iglesia se ve la gruta de Eliseo, y en ella se cree haber oído el profeta los lamentos de la Sunamítis, que le pedía la resurrección de su hijo; y casi al pie de la montaña está la gran caverna llamada hasta hoy *Escuela de los profetas*, á la que medí veinte y tres pies de largo y catorce de ancho : hoy sirve de almacén á un pescador árabe, por cuya casa es necesario entrar para visitarla. En su rededor se ven algunas otras pequeñas grutas abiertas entre las rocas que parecen haber sido habitadas en un tiempo por personas que profesaban ermitaje.

En medio del jardín se eleva un modesto monumento en figura piramidal; él cubre los restos de los soldados franceses muertos por los Turcos que ocuparon el monasterio después de la retirada de Bonaparte.

Sentado en la cumbre del Carmelo me entregaba á meditaciones que inspira la vista de Palestina. De las faldas opuestas de la montaña veía salir Galilea y Samaria, la feracidad de la primera sorprende : no obstante sus cerros verdes y sus árboles frondosos parecen humillados delante del Thabor, que levanta su cabeza sobre todos, ostentando la gloria de que lo llenó la majestad del Hijo de Dios. Los campos de Esdrelon y las llanuras de Zabulon, cubiertos de verdura, están

publicando su antigua abundancia; allí crecen la encina y el terebinto, formando bosques á veces casi impenetrables; las vides se agrupan en los bajos que dejan las diversas crestas de los cerros, y en su alrededor se multiplican fácilmente los olivos, las higueras y palmeras. En esta región pintoresca, desierta casi del todo, resuena de cuando en cuando el grito salvaje del Árabe que abre con su arado el trecho de terreno que le producirá pan, ó la carrera del Beduino que atraviesa los valles para ir á guardar en la montaña los despojos del viajero que acaba de robar. El número de las poblaciones que se encuentran en Galilea es reducido como el de sus habitantes; situadas por lo regular en los cerros, nada participan de la belleza del país. El mal gusto y la pobreza de sus edificios, la suciedad de sus calles y habitaciones, las maneras agrestes de sus dueños contribuyen á darles un aspecto bien desagradable, pero sobre todo el aire sombrío y triste que parece dominarlas, se hace trascendental al viajero que las visita. Esta es la fisonomía verdadera de Séforis, Caná, Nain, Nazareth y Tiberíades, de las cuales las dos últimas son las más considerables.

El aspecto de la Judea es de otra naturaleza: allí se presentan todavía más al vivo la desolación, el dolor, la muerte, la maldición de Dios y su reprobación; sus montañas áridas lo son aun más por los montones de piedras de que están sembradas, y sus viñedos, sus olivos y sus palmeras no aparecen sino tristes, sirviendo como testigos de una felicidad pasada. Observando aquellas piedras cuidadosamente, fijándose en los restos de los muros que triunfando de la longevidad y de las revoluciones se dejan ver alguna vez, comparando su calidad y su naturaleza, se percibe fácilmente que fueron extraídas de las inmensas concavidades que se encuentran en los cerros, y llevadas para formar los parapetos y barreras que facilitaban el cultivo de aquellos hasta su mayor elevación. Estas no son simples conjeturas, sino consecuencia que nace de la observación concienzuda é

imparcial que haga cualquiera en aquel país. Verdad es que el terreno de la Judea es pedregoso por su naturaleza, y bien lo acreditan las infinitas rocas que lo cubren en parte; pero no lo es ménos que un número infinito de esas piedras que hoy lo inutilizan, llevan esculpidas en sí mismas señales que obligan á reconocerlas como de origen diferente. Aquellos riscos y estos montones de piedras son hoy habitacion de sabandijas que brota un suelo maldito: el chacal se oculta en sus agujeros durante el dia, cuando los abandona la hiena y la pantera para ocuparse en sangrientas excursiones. No he visto allí ninguna de esas inocentes avechitas que alegran con su canto otras regiones, ni mas volátiles que cuervos en bandadas que añaden nuevas sombras á un cuadro por sí tan espantoso.

¡ Esta es la tierra, sin embargo, que fluía miel y leche, la tierra sobre la cual se derramaban las bendiciones del Cielo, y prometia Dios como herencia á su pueblo predilecto!.... ¿ Y dónde están los jardines, dónde los bosques de olivos, vides é higueras bajo cuya sombra descansaba un pueblo fatigado por la guerra? No veo mas que un suelo cortado por profundas grietas, cubierto de ruinas y de piedras que lastiman los piés del caminante, sin exceptuar los mulos y camellos. No obstante, y prescindiendo de la Escritura Santa donde la voz de Dios consignó aquellas solemnes promesas, esta tierra era famosa entre los Egipcios, Persas y Caldeos por su prodigiosa feracidad: no conocemos algun trastorno natural que haya sufrido, y por consiguiente es necesario buscar otro acontecimiento que haya producido en ella un cambio tan asombroso. Y ese pueblo, innumerable como las arenas del mar ó como las estrellas del cielo, ¿ dónde está? ¿ cómo ha dejado desiertas las colinas y los campos donde durante dos mil años cultivó sus huertos y jardines? Ese hogar paterno que oyó los primeros gemidos y recibió el postrer aliento de sus mayores, y cuyo título de posesion era nada ménos que la palabra de un Dios á quien adora, ¿ podrá

acaso serle indiferente? Todas las naciones que figuraron en el rol del linaje humano subsisten aun, transformadas algunas si se quiere por nuevas costumbres, conquistadas otras por diferentes razas; y con su nombre cambiado muchas por el de sus dominadores, mas el hecho es que existen cual página viviente de la historia, que les liga á la gran cadena que forman los sucesos de todos los pueblos de la tierra; sus ciudades conservan regularmente su nombre primitivo, y algunas de sus familias, poderosas ahora dos mil años, vivas aun en sus vástagos que florecen, pueden decir á sus connacionales: « Mirad, aquel es el lugar que habitaron mis abuelos hace veinte siglos... » Pero aquel pueblo cuya historia es la mas antigua del género humano, cuyos historiadores escribieron bajo inspiraciones celestiales, cuyo gobierno teocrático en su primera época es el único de esta forma que ha visto la tierra, y cuya cronología toda es una sucesion de milagros, de profecías y de acontecimientos singulares, ¿ qué se ha hecho? De sus grandes ciudades han desaparecido unas, y escombros amontonados sirven como testigos para acreditar que existieron las demas; tumbas de profetas que alzan su cúpula carcomida en el fondo de valles solitarios, pirámides arruinadas que cubren las cenizas de algunos ilustres personajes de sus tribus, sepulcros de reyes y de príncipes que dirigieron los destinos de esta gran nacion hace tres mil años; ¿ ved ahí cuanto queda del pueblo mas famoso del universo, y que por consiguiente era llamado á conservarse con preferencia entre todos los demas! ¿ Él no existe ya en la tierra de sus padres, en la tierra cuya posesion recibió del mismo Dios! No se ha refundido en otra raza, ni ménos ha cambiado de nombre; él está derramado como el agua sobre la haz de la tierra; su suerte la pintaron los profetas muchos siglos ántes del suceso, y sus predicciones se cumplieron. « Justo es el Señor, leía yo abriendo la Escritura, justo es, y yo le provoqué á ira: oid, pueblos, mis desgracias, y juzgad de mi dolor. Descargó el Señor su indignacion, y nada perdonó de cuanto

habia en la casa de Jacob; destruyó en su furor las fortalezas de la virgen de Judá, las echó por tierra, y amancilló al reino y á sus príncipes. Quebrantó en la ira de su furor todo el poder de Israel, retiró á su derecha á vista del enemigo, y encendió en contorno de Jacob fuego como de llama devoradora. Entezó su arco como enemigo, afirmó su derecha como adversario, y mató cuanto habia hermoso á la vista en el pabellon de la hija de Sion. Derramó como fuego su indignacion, se hizo el Señor como enemigo, precipitó á Israel, precipitó todas sus murallas, desbarató sus municiones, y llenó de abatimiento á hombres y mujeres de la hija de Judá. Desbarató como un huerto su tienda, demolió su tabernáculo, entregó al rey y al sacerdote, al oprobio y á la indignacion. Hizo el Señor lo que pensó, cumplió su palabra que tenia dada desde tiempos antiguos, destruyó y no perdonó, alegró á los enemigos de su pueblo, y ensalzó la pujanza de su adversario. Pecado grande cometió Judá, por eso su suerte se ha cambiado; marchó á la servidumbre y á la afliccion, se esparció entre las naciones sin hallar jamas reposo. » Hé aquí la triste profecía que descubre el delito y el castigo que obraron aquel grande cambio, y hé aquí la respuesta que se dió hace casi veinte siglos á todos los que contemplando esta tierra infeliz echaron de ménos su abundancia, sus riquezas y sus glorias. Quien medite un instante sobre el estado del país bíblico despues de leer los profetas, y recuerde luego que vió los hijos de Jacob diseminados por Asia, África, América y Europa, conservando siempre su nombre, sus usos y sus tradiciones, verá hasta qué punto se cumplieron aquellas amenazas, vindicando hasta la evidencia la veracidad de la Biblia. Muchas horas estuve sobre la cumbre del Carmelo, y muchas mas habria permanecido todavía: tan solemne, imponente y majestuoso es el cuadro que allí ofrece el brazo de esa inmutable justicia que eleva ó abate las naciones, y robustece ó debilita los tronos de sus reyes. Pero me fué necesario bajar: la noche se acercaba, el sol escondia

sus últimos resplandores en el seno inmenso del Mediterráneo, y desde la altura del Carmelo ya no percibia mas que el Thabor, el Hermon y el Saron, como negras sombras que hacian duelo sobre la tierra de promision rociada con sangre del Justo, cuya muerte allí lloraron los profetas.

Dejé la cumbre del Carmelo, pero no sus apacibles colinas, que se extienden hácia la Galilea adonde me dirijo, atravesé lugares, que hizo memorables la victoria de Débora, y despues ennobleció todavia mas el celo de Elías, tan firme, tan intrépido y tan ilustrado. No tardé en llegar al Cison, cuyas aguas arrastraron los cadáveres de cuatrocientos cincuenta impostores que separaban al pueblo de su religion y de sus leyes. « Él es quien revuelve á Israel, » decian entónces por Elías Acab y todos los demas que quisieran ver triunfantes las supersticiones de pocos individuos que explotaban en su favor la credulidad de un pueblo inclinado á dejarse alucinar. « Él es quien revuelve á Israel. » Mas; ah! no era el profeta por cierto, pues no son revolucionarios los que sostienen la dignidad de las leyes, ni ménos lo son los que vindican las instituciones sagradas de los pueblos. Muy fácil es á los que tienen en sus manos el poder dar tales epítetos á los que contradicen sus medidas en oposicion abierta con la ley; pero no es su dicho la voz llamada á juzgar en este caso; ni lo es tampoco la de esa turba interesada que rodea el solio de los grandes, y solo puede medrar con la ruina de sus émulos.

« No soy yo quien turbo á Israel; sois vosotros, que no respetais las leyes, quienes provocais la revolucion, » respondió Elías. Contestacion categórica y la mas terminante que podia dar el diputado legitimo por Dios para enseñar al pueblo el respeto que se debe á la majestad de las instituciones; y contestacion categórica que señala á la vez en los trasgresores de las leyes, sea cual fuere su rango, los verdaderos revolucionarios que comprometen la paz de los Estados poniéndolos al borde de su ruina. La injusticia de la acusacion levantada contra Elías quedó de manifiesto, y el Carmelo y